

Rubén Darío: viajero letrado en París

MARINA MARTÍNEZ ANDRADE | PROFESORA INVESTIGADORA DEL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA DE LA UAM-I

Resumen

Varios de sus libros surgieron de las recopilaciones de las crónicas publicadas en *La Nación* a raíz de sus desplazamientos al extranjero; ellas muestran su peregrinar por el mundo y cifran su proyecto de viajar para contar. Es el caso de *Peregrinaciones* (1901), en que plasma su percepción de París, ciudad anhelada desde niño y, a la larga, percibida como lugar de locura, *surmenage*, intoxicación y vicio, en un proceso de desencantamiento que va de la atracción a la repulsión por la ciudad querida. No obstante, la estancia en París resultó decisiva en el desarrollo humano y literario de Darío, pues lo condujo a un encuentro consigo mismo que influyó en la forja de su propia identidad y la de su nación.

Abstract

Several books by Darío came up as collections gathering the chronicles first published in *La Nación* as a result of his journeys abroad. They show his traveling around the world and disclose his project of travelling to tell. That is the case of *Peregrinaciones* (1901), where his experience of Paris reveals a yearned city since childhood, but also a wild intoxicating depraved place, where *surmenage* takes place as a disenchantment process that leads into revulsion for the formerly beloved city. Nonetheless, the Paris stay turned out decisive in Darío's literary and human development, since it carried him to face himself so that he could shape his identity –and his nation's.

Palabras clave: Rubén Darío, crónicas viajeras, peregrinaciones, Exposición Universal París 1900, *flâneur*, viajero.

Key words: Rubén Darío, travel chronicles, pilgrimage, Exposition Universelle 1900, *flâneur*, traveler.

Para citar este artículo: Martínez Andrade, Marina. “Rubén Darío: viajero letrado en París”, en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 46, semestre I de 2016. México, UAM-A, pp. 49-64.

Este año, 2016, se conmemora el primer centenario de la muerte de Rubén Darío, que coincide con el aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes, ocurrida hace cuatrocientos años. El poeta nicaragüense fue gran admirador de la obra cervantina; en su honor, a principios del siglo xx hizo un viaje a Argamasilla de Alba (Ciudad Real), lugar en que, según la tradición, Cervantes escribió o por lo menos le surgió la idea, de escribir su libro fundamental para la literatura española y la universal. De este viaje, Darío dejó constancia en su crónica titulada “En tierra de don Quijote” publicada en *La Nación* de Buenos Aires el 9 de abril de 1905.

A pesar de su vida relativamente breve, lo extenso y variado de su obra y la trascendencia de sus aportaciones hacen de Rubén Darío una de las figuras más importantes de la constitución de la literatura latinoamericana. Se le conoce fundamentalmente como poeta y nunca dejó de serlo, pero fue también periodista, narrador y viajero infatigable. El presente artículo se centra precisamente en sus crónicas de viajes.

Viajes como rito de iniciación

Su vida estuvo abierta a los caminos desde sus primeros años. La primera vez que salió de su pueblo fue a León, para vivir en casa de una tía materna e iniciar los primeros estudios “formales”; después, se dirigió a Managua; y luego, a El Salvador, donde conoció a Francisco Gavidia, quien lo orientó en la lectura de autores franceses contemporáneos, con que logró acrecentar la admiración que el joven sentía por esta literatura y el gran deseo de conocer París, que alimentaba desde niño: “Yo soñaba con París, desde niño, al punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, la capital del amor, el reino del Ensueño”.¹ De El Salvador se trasladó otra vez a Managua, de ahí a Guatemala; en fin, ires y venires por la región, determinados casi siempre por problemas sentimentales, económicos, o políticos, o bien, por un poco de todo.

Desde muy niño dio muestras de su genialidad: a los tres años ya sabía leer, podía dibujar, tenía buen oído musical y tocaba el acordeón; a los once escribió sus poemas iniciales, ya con dominio del arte del verso, por lo que le decían “el poeta niño”; a los catorce, su libro *liminar*;² y a los diecisiete, sus primeros artículos periodísticos pagados. Literatura y periodismo fueron actividades que siguió combinando toda su vida; la segunda, aparte de proporcionarle sustento económico, era la única ventana de libertad por la que podía asomarse al exterior en ese tiempo.

Su peregrinar por el mundo

Su largo peregrinar por el mundo se inició propiamente con su viaje a Chile, pues antes, puede decirse, que había andado como por casa. Estuvo en tierras chilenas de junio de 1883 a febrero de 1889. Vivió y trabajó la mayor parte del tiempo en Valparaíso, pero frecuentemente iba a Santiago, procurando, según cuenta en su autobiografía: “vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas”.³

Colaboró en diversos periódicos y revistas, y escribió —como acostumbró hacerlo durante sus estancias en el extranjero— libros muy importantes, entre ellos, su famoso *Azul*, en 1888. Tanto por su obra, como por su talante, sus contemporáneos hablaban de un “galicismo mental” que empezaba a invadirlo. Gustaba de vestirse como un *dandy*, siguiendo los valores y costumbres de las sociedades europeas, aunque resultara estafalario para muchos pobladores de tierras americanas.

Estando en Chile consiguió el cargo de corresponsal del periódico bonaerense *La Nación*, en el que, entre otros, también colaboraron, Santiago Estrada, José Martí y Paul Groussac, lo que muestra la difícil situación de los intelectuales independientes de fin de siglo, con el fin de obtener condiciones favorables al desarrollo de su vocación literaria;⁴ mas no hay mal que por bien no venga, pues la asidua práctica periodística nutrió ricamente su escritura: “El periodismo —aseguraba Darío— constituye una gimnasia del estilo”.⁵

En Chile alcanzó fama y amigos; no obstante, cuando anunció el regreso a su patria, nadie hizo nada por retenerlo. Antes de partir a Managua escribió su primer corresponsalía para

La Nación, dando cuenta de la llegada del crucero brasileño Almirante Barroso a Valparaíso. Ya en su país, desembarcó en puerto Corinto sin dinero en el bolsillo, pero vestido como *dandy*. Por lo que años más tarde, los jóvenes poetas de la vanguardia nicaragüense pertenecientes a la oligarquía granadina, en un lúdico e irreverente poema, lo interpelan en forma despectiva y se burlan de su excéntrico atuendo:

En fin, Rubén,
paisano inevitable, te saludo
con mi bombín,
que se comieron los ratones en
mil novecientos veinte y cinco.⁶

Vuelto de Chile anduvo otra vez por Centroamérica, en 1889, de León, ciudad en que se estableció al llegar de Chile, se dirigió a El Salvador, donde contrajo matrimonio civil con la salvadoreña Rafaela Contreras, la “Stella” de sus poemas,⁷ fungió como director del periódico *La Unión*, destinado a difundir los principios integracionistas centroamericanos, y recibió la terrible noticia de la muerte de su querido amigo Pedro Balmaceda, hijo de José Manuel Balmaceda, presidente de la república de Chile. En homenaje a quien había sido su entrañable compañero escribió y publicó en este mismo país, al año siguiente, una elegíaca biografía titulada *A. de Gilbert*, seudónimo con que el joven chileno, muerto a los veintiún años, firmaba sus escritos.

Primer viaje a España y escape a París

En 1892 se le presentó la oportunidad de hacer su primer viaje a España, como secretario de la Delegación de Nicaragua a la celebración del

IV Centenario del Descubrimiento de América. Fue recibido cordialmente en el medio literario y social; se relacionó con grandes figuras del mundo intelectual como Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce, Marcelino Menéndez y Pelayo, José Zorrilla, Emilia Pardo Bazán y otros, incluso, Gaspar Núñez de Arce intentó que el nicaragüense se quedara por allá, mas no pudo lograr su propósito. Posteriormente, en el prólogo de *El canto errante*, Darío recordará a sus detractores hispanos que tanto sus obras como su persona fueron bienvenidos la primera vez que pisó tierras españolas:⁸ “En esos mismos tiempos —comenta— mi ilustre amiga doña Emilia Pardo Bazán se dio la voluptuosidad de hacerme recitar versos en su salón, en compañía del autor de *Pedro Abelardo*...”.⁹

En marzo de 1893 recibió su primer nombramiento diplomático como cónsul general de Colombia en Buenos Aires. Para trasladarse a Argentina escogió la ruta Nueva York-Europa y, aprovechando un adelanto de los sueldos correspondientes a su nuevo cargo, realizó su anhelado sueño de visitar París, donde vivió por dos meses “una vida de gran burgués, entreverada de barrio latino y de bohemia”,¹⁰ quedando simple y sencillamente fascinado:

Vida bohemia, poetas decadentes, reinas del can-can, alcohol y rarezas elegantes. París fue una fascinación en el ánimo del nicaragüense que cayó íntegro, en la tentación fácil de los poetas malditos y en los tópicos deslumbradores de sus vidas. [...] Con lujos lánguidos, madrugadas junto al Sena, lunas dolientes [...] que los poetas cantarán luego sobre las mesas de los cafés de Montmartre. [...] Enrique Gómez Carrillo es su introductor en aquellas tertulias parnasianas, simbolistas y decadentistas.¹¹

Por fin llegó a Buenos Aires en agosto de 1893 y ahí permaneció hasta fines de 1896. Su cargo diplomático le permitió frecuentar a *lo mejor* de la sociedad; formó parte del cuerpo de redactores de *La Nación*; estableció una estrecha relación con los intelectuales, especialmente con los jóvenes, y produjo un buen número de obras literarias. Al respecto, comenta Emilio Carilla: “Venía con aureola de innovador y los años en Buenos Aires no hicieron sino aumentar en forma considerable su prestigio. Buenos Aires le dio la consagración definitiva, sobre todo, a caballo de sus libros de 1896, permitió la gran expansión hispánica del poeta”.¹²

Precedido de esta fama, viajó por segunda vez a España en enero de 1899, como corresponsal de *La Nación*, con la misión de informar a los lectores argentinos sobre los acontecimientos vividos en España que, a raíz de la guerra contra Estados Unidos de América, perdió sus últimas posesiones en ultramar, entre ellas, Cuba. Esta guerra, que en España fue popularmente conocida como Guerra de Cuba, se desató durante la regencia de María Cristina, viuda del rey Alfonso XIII. Mediante los acuerdos de París en 1898, Estados Unidos de América adquirió Cuba, Filipinas, Puerto Rico y Guam, justificando su acción con el eterno argumento de que preparaba a las naciones subdesarrolladas para la democracia. De las crónicas surgidas de esta visita resultó su libro *España contemporánea* publicado por la viuda de Bouret en 1900.

Darío cronista

Es la crónica una narración de acontecimientos de acuerdo con un orden temporal que, además, se interpretan y valoran, los cuales se relatan desde un presente más o menos mediato

y habiendo sido testigo de ellos. Escrita en los linderos del ensayo, la crítica, el relato y el poema en prosa, en ella se establece una estrecha vinculación entre historia, literatura y periodismo, constituyéndose en un género híbrido.

Se cultivaban a fines del siglo XIX, diferentes tipos de crónica: política, histórica, literaria, teatral, de costumbres, policial y la llamada “crónica viajera” a cargo de prestigiosos escritores destacados como corresponsales en distintas ciudades y eventos para dar cuenta tanto de los sucesos relevantes, como del contexto social, político y cultural en que se generaban. El auge del periodismo en esa época propició el renacimiento del género en los países hispanoamericanos; mas, para comprender este segundo impulso, debe distinguirse entre la crónica romántica y la modernista.

La primera, cultivada en la primera mitad del siglo XIX, fue fundamentalmente asunto de los románticos liberales, quienes obligados a la vocación múltiple, veían en ella, por un lado, algo que sin ser exactamente literatura, no dejaba de serlo; y, por otro, la oportunidad de combinar en un solo texto el alegato político, la memoria histórica, el mensaje a los amigos y un medio eficaz para modelar a la nación.¹³

La segunda, producida en la vuelta del siglo XIX al XX, combinó, o se vio forzada a combinar, los rasgos estilísticos propios del Modernismo —búsqueda de lo insólito, acercamiento brusco de elementos disímiles, renovación permanente, audacia temática, mezcla de sensaciones, afán de originalidad— con los requerimientos del periodismo nuevo —novedad, atracción, velocidad, *shock*, rareza, intensidad, etc.—, confiriendo una nueva estética a las crónicas de viajes, especialmente a la darianas, que contagiaban de su novedad expresiva al referente,

imprimiendo así postales contemporáneas de los lugares visitados.

La mayor parte de las crónicas modernistas no se encaminaron estrictamente hacia lo político como en el caso de las románticas, sino más bien hacia la importación de la modernidad y el cosmopolitismo de los países avanzados y también, en contraste, a la búsqueda de la sensación y del exotismo en lo alejado temporal y espacialmente o, sencillamente, en lo ajeno. Varios escritores del periodo, los que se definieron a sí mismos como “generación viajera o peregrina”¹⁴ procuraron viajar a Europa, específicamente a París, centro irradiador de las noticias literarias, artísticas, políticas y económicas del momento. La realización de este viaje representaba para el artista un acto simbólico de integración con el centro económico y cultural, y un motivo de orgullo, pues el hecho de residir en el núcleo del mundo europeo, los dotaba de autoridad y les confería reconocimiento social como especialistas y profesionales, especialmente ante sus lectores.

El avance del capitalismo en América Latina propició la aparición en las sociedades finiseculares de una nueva burguesía radicada especialmente en las grandes ciudades del continente y una creciente clase media, letrada, culta, lectora asidua de periódicos y deseosa de la modernidad extranjera. Al respecto, apunta Julio Ramos hablando de José Martí: “la mediación entre la modernidad extranjera y un público deseante de esa modernidad, es la condición que posibilita la emergencia de la crónica”.¹⁵

Peregrinaciones

Varios libros darianos de viajes surgieron de las recopilaciones de las crónicas publicadas en el

periódico a raíz de sus desplazamientos tanto al extranjero como a su mismo país; dichas crónicas muestran su peregrinar por el mundo y cifran su proyecto de viajar para contar. Es el caso de *España contemporánea* (1900), *Peregrinaciones* (1901), *La caravana pasa* (1902), *Tierras solares* (1904) o *Parisiense* (1908). Las concernientes a la exposición del 900, aparecidas en *La Nación*, entre el 23 de mayo de 1900 y el 11 de febrero de 1901, fueron publicadas en el mismo 1901 por la “harpagónica” casa Bouret que, como *El avaro* de Molière, acaparaba junto con Garnier, por muy pocos francos, casi todas las publicaciones de los hispanoamericanos; así lo cuenta el nicaragüense:

HABÍA VENDIDO MISERABLEMENTE [el énfasis es del autor] varios libros a dos ghettos de la edición que en París han hecho miles y millones con el trabajo mental de escritores españoles e hispanoamericanos, *pagados harpagónicamente* [las cursivas son mías], y como yo me quejase en aquel entonces, por una de mis obras, se me mostraron las condiciones en que había vendido para la América española una escritora ilustre su Vida de San Francisco de Asís.¹⁶

Por su parte, Manuel Ugarte escribe corroborando esta situación:

Cuantos escritores llegaron a París por entonces —Darío, Nervo, Carrillo— tuvieron que pasar por las horcas caudinas de Garnier. Y los que escaparon a Garnier cayeron como Vargas Vila y Luis Urbina, bajo la férula de la casa Bouret, más hosca, menos pintoresca y con radio de acción más reducido.¹⁷

Casi al finalizar 1989, Darío pasó de España a Francia a fin de cubrir el desarrollo de la magna Exposición Universal que se celebraría en París. La *Tour Eiffel*, recién inaugurada el 31 de marzo de ese año, estaba pensada como centro del magno suceso destinado a conmemorar el Primer Centenario de la Revolución Francesa.

Entonces todavía aparece en sus escritos el feliz recuerdo de su primer viaje a París y de puro gozo hace sonar violines y trompetas: “Me excusaréis que a la entrada haya hecho sonar los violines y trompetas de mi lirismo; pero París, ya sabéis, que bien vale una misa, y yo he vuelto a asistir a la misa de París, esta mañana, cuando la custodia de Hugo se alzaba dorando aun más el dorado casco de los Inválidos, en la alegría franca y vivificadora de la nueva estación”.¹⁸

Es el anterior uno de los primeros párrafos de *Peregrinaciones*, en cuya escritura combina el relato, la descripción, el comentario, y los discursos literario y periodístico; la enunciación está a cargo de un yo que se autorrepresenta como un hombre refinado, sensible, artista, conocedor, experto en estética y capaz de realizar un diagnóstico cultural de la ciudad visitada. En cuanto a la estructura, la obra es bipartita: la parte primera, “En París”, se integra por catorce crónicas o capítulos y tiene como tema central la Exposición Universal antes mencionada; la segunda parte, “Diario de Italia”, se conforma por sólo cuatro crónicas en las que relata un corto viaje realizado a las ciudades italianas de Turín, Génova, Pisa y Roma. A continuación me detendré básicamente en la primera parte.

Exposición Universal de París 1900

En el último tercio del siglo XIX, la ciencia y la industria fueron impulsadas para ser consideradas

como principales fundamentos del progreso, convirtiéndose ambas actividades en objetivos naturales y supranacionales e invencibles formas de la producción y del conocimiento humano. La era del progreso trazó una pintura ideal de sí misma que llegó a ser el modelo óptimo de cómo debía ser el mundo. Las Exhibiciones Universales se erigieron con el objetivo de satisfacer los requerimientos de esta comprensiva imagen o pintura trazada, a fin de ser una réplica en miniatura del mundo, equivalente a la moderna totalidad, especie de nueva enciclopedia con la que se trataba de reforzar una visión global.

Así, la Exposición Universal de París 1900, fue una selectiva versión de la pintura ideal que la sociedad burguesa y capitalista estaba llamada a representar, de modo que en ella la industria y la ciencia pudieran coexistir con todas sus virtudes y ninguna de sus imperfecciones y para completar el enmascaramiento se abrió un amplio espacio a las manifestaciones del arte. Entonces, la Exposición no sólo fue residencia natural de la innovación industrial, sino también del desarrollo científico, comercial y estético en el mundo.

Darío quedó maravillado durante su primera visita al lugar, tanto, que algunos años después al escribir las páginas de su vida, recordará emocionado ese momento: “Fue para mí un deslumbramiento miliunanochesco, y me sentí más de una vez en una pieza, Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón, mandarín y dalmio, siamés y cowboy, gitano y mujick; y en ciertas noches, contemplaba en las cercanías de la torre Eiffel, con mis ojos despiertos, panoramas que sólo había visto en las misteriosas regiones de los sueños”.¹⁹

Muy a gusto en la gran Exposición de París, el artista percibe la realización de una de las utopías que atraviesan al modernismo (quizá

sin dominarlo): el ideal de una modernidad capitalista, tecnológica y a la vez estética:

La obra está realizada y París ve que es buena. [...] Más grande en extensión que todas las exposiciones anteriores, se advierte desde luego en ésta la ventaja de lo pintoresco. En la del 89, prevalecía el hierro —que hizo escribir a Huysmans una de sus más hermosas páginas—; en ésta la ingeniería ha estado más unida con el arte; el color, en blancas arquitecturas, en los palacios grises, en los pabellones de distintos aspectos, pone su nota, sus matices, y el “cabochón” y los dorados, y la policromía que impera, dan por cierto, a la luz del sol o al resplandor de las lámparas eléctricas, una repetida y variada sensación miliunanochesca.²⁰

La Exposición, verdaderamente un minicosmos de la modernidad, fue observada y copiada por todas las naciones modernas o pretendidamente modernas. Las elites nacionales latinoamericanas participaron en ella con el fin de consolidar su integración nacional e internacional. Al respecto, es de llamar la atención que Darío no se haya ocupado de los pabellones montados por estos países (por lo menos no en *Peregrinaciones*) y sí de las grandes potencias: Francia, a la que dedica varios capítulos, Italia, Inglaterra y Estados Unidos de América; actitud que lo muestra plenamente identificado con la modernidad y recusante de lo propio. Sin embargo, la contemplación del pabellón de los norteamericanos lo conduce a una serie de reflexiones sobre el avance alcanzado por ese pueblo del que se distanciaban cada vez más los nuestros:

Los yanquis tienen escuela propia en París, como tienen escuela propia en Atenas.

Entre esos millones de Calibanes nacen los más maravillosos Arieles. [...] Tienen “carácter”, tienen el valor de su energía, y como todo lo basan en un cimiento de oro, consiguen todo lo que desean. No son simpáticos como nación; sus enormes ciudades de cíclopes abruma, no es fácil amarles, pero es imposible no admirarlos.²¹

Flaneando por la feria y la ciudad

Es deber del periodista ofrecer a través de la crónica un paseo al lector. Darío (y con él sus lectores) se pasea por la feria vestido como un *dandy*, con el comportamiento de un sibarita y el gusto de un *gourmet*. Lo que trae a la memoria la descripción que de sí mismo hace en un muy mencionado y comentado poema posterior, la “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones”:

Gusto de gentes de maneras elegantes
y de finas palabras y de nobles ideas.
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas
trazas, avaros torpes, o malignos y rudos,
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos
[mudos...] ²²

Los ojos se le van tras de las mujeres: “[...] entre la confusión de razas que hoy se agitan en París, la fina y bella y fugaz silueta de las mujeres más encantadoras de la tierra, pasa”,²³ y también tras de la comida como buen *gourmet*:

¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!
¡y he gustado bocados de cardenal y papa!²⁴

Así, en el palacio de la Horticultura y de la Arboricultura, la vista de una gran variedad natural

de patatas lo lleva a imaginarlas ya cocinadas en varias formas de presentación posible; y en el *stand* norteamericano le produce enorme satisfacción poder describir los alimentos y las bebidas:

Están el trigo profuso que teme hoy a su rival argentino; el arroz y las ricas legumbres, y sus infinitos maíces, de los que una cocina agregada a la sección compone platos sabrosísimos que distribuye a los visitantes: sopas de maíz, guisos de maíz, postres de maíz. La gama de los azúcares atrae; las carnes conservadas, los enormes jamones chicagüenses, el apretado corned-beef [...] Traen vinos californianos, café, te y cervezas; y grandes troncos de sus bosques y manzanas [...] ²⁵

La Exposición de París incluyó todas las formas modernas de expresión: del arte a la ciencia; de la propaganda comercial a la estadística; de las pinturas de paisajes a las estructuras arquitectónicas. Las obras de arte se exponían y debían ser contempladas, rodeadas de un *aura* que las dotaba de singularidad y autenticidad, aunque Darío no procede como un viajero vicario, que sólo reproduce y transcribe tales representaciones o autorrepresentaciones, también interviene y polemiza con ellas, como puede observarse en la referencia que hace de las exposiciones Central y Decenal montadas en el palacio de Bellas Artes:

Hay maravillas, hay cuadros enormes de mérito relativo y oficial, y pequeñas telas en que se reconcentra un mundo de meditación, de audacia, de ensueño. Están representadas todas las tendencias que en estos últimos tiempos han luchado, con

*excepción de ciertas obras sublimes a que la crítica de los discernidores de medallas no han [sic] puesto su pase autoritario.*²⁶

Sin embargo, en otros momentos, no puede escapar al influjo del *aura* emanada de los cuadros y transmitirla así a sus *lectores a distancia*, para quienes el alejamiento espacial o temporal de la obra de arte aumentaba su valor.²⁷

Rodeado de un mar de colores y de formas, mi espíritu no encuentra ciertamente en dónde poner atención con fijeza. Sucede que, cuando un cuadro os llama por una razón directa, otro y cien más os gritan las potencias de sus pinceladas o la melodía de sus tintas y matices. Y en tal caso pensáis en la realización de muchos libros, en la meditación de muchas páginas.²⁸

En tales ocasiones, precisamente el recuerdo de sus lectores lo hace volver a su realidad: la de ser un enviado del periódico, para que ellos lo contemplen a través de su crónica:

Así apuntáis, informáis, vais de un punto a otro, cogéis aquí una impresión como quien corta una flor, allá una idea, como quien encuentra una perla; y a pocos, a pasos contados, hacéis vuestra tarea, cumplís con el deber de hoy, para recomenzar al sol siguiente, en la labor danaideana de quien ayuda a llenar el ánfora sin fondo de un diario.²⁹

Viajero letrado *versus* turismo carneril

Sólo una cosa no puede soportar el poeta, la presencia de miles de turistas con sus guías de

viajes bajo el brazo, practicando el llamado turismo carneril:

La gente pasa, pasa. Se oye un rumoroso hablar babélico y un ir y venir creciente. Allá va la familia provinciana que viene a la capital como a cumplir un deber; van los parisienses, desdeñosos de todo lo que no sea de su circunscripción; van el ruso gigantesco y el japonés pequeño, y la familia ineludible, ¡hélas!, inglesa, guía y plano en mano".³⁰

El turismo surge de la transformación del viaje como empresa individual y arriesgada al viaje como *tour*, diseñado por las grandes empresas que se extienden en este periodo, Thomas Cook y Karl Baedeker entre las primeras, dedicadas a administrar el ocio de sus clientes, los turistas; por ello, las Exposiciones Universales fueron ocasiones propicias para incrementar esta actividad a gran escala.

Darío, al igual que otros viajeros modernistas,³¹ todavía se sentía miembro de una élite poseedora de los secretos de una gran ciudad como París, en ese momento ombligo del mundo. El tipo de viaje que emprende es considerado como un viaje letrado o intelectual, por tal motivo trata de tomar distancia de la historia, la geografía, la etnografía y otras disciplinas científicas y, sobre todo, de los turistas; se aterroriza ante el hecho de ser considerado como uno de ellos, pues él se siente viajero genuino.

La descripción de la vista panorámica de la ciudad desde la torre Eiffel, que hace casi al principio: "Visto el magnífico espectáculo como lo vería un águila, es decir, desde las alturas de la torre Eiffel, aparece la ciudad fabulosa de manera que cuesta convencerse de que no se asiste a la realización de un ensueño [...]",³²

finaliza con un comentario mordaz del poeta contra los turistas, con el que abre un enfrentamiento abierto y continuo contra ellos: “*Claro está que no para todo el mundo, pues no faltará el turista a quien tan sólo le extraiga tamaña contemplación una frase paralela al famoso: Que d’eau!*”.³³

Pero, si Darío, por una parte entra en competencia con los miles de turistas convocados por este evento, por otra, negocia con los discursos funcionales y pragmáticos de la industria o sistema del turismo, básicamente con los libros y guías de viajeros. Al respecto, Cristóbal Pera piensa que: “al subir a la torre Eiffel y contemplar el ‘panorama’ monumental de París, Darío está siguiendo los primeros pasos recomendados a los turistas por la más famosa guía de habla inglesa: *The Anglo-American Guide to Exhibition Paris, 1900*, cuando aconsejaba a sus lectores que, *antes de visitar la Exposición, suban a la torre Eiffel*”.³⁴

Incluso Darío en plena Exposición y en forma contradictoria con su forma de pensar toma un *tour* a Italia, de cuyas crónicas resultará la segunda sección de *Peregrinaciones*, donde intensifica los ataques contra los turistas, sin querer aceptar que es uno más de ellos. Así cuenta el hecho en su autobiografía:

EN LO MÁS AGITADO DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS [el énfasis es del autor], salí en viaje a Italia, viaje que era para mí un deseado sueño. Bien sabido es, que para todo poeta y para todo artista, el viaje a Italia, el tradicional país del arte, es un complemento indispensable en su vida. *El mío fue una excursión rápida, turística* [el énfasis es mío]. Aproveché la compañía de un hombre de negocios de Buenos Aires, y así tuve siquiera con quien conversar, ya que no

cambiar ideas. Pasé por Turín, en donde visité la Pinacoteca; tuve ocasión de ver al duque de los Abruzos [...] ³⁵

En esta parte del libro puede constatar que, no obstante que los llamados viajeros letrados luchaban en contra de la reproducción de imágenes ya existentes sobre las ciudades visitadas, entre otras cosas porque obstaculizaban la creación de representaciones originales y diferentes, no logran apartarse de ellas, por lo que asistimos a una especie de saturación del archivo que reduce su creatividad. Darío recorre los objetos, pero también las capas de lecturas que sobre ellos se han depositado a manera de palimpsestos, y en ese mirar los ojos se fatigan, las palabras se desgastan y todo empalidece.

El reverso de la medalla

Pero volvamos a París, donde el periodista *flanea* por la Feria y también por la ciudad; en cierta ocasión —nos cuenta— asiste a una iglesia protestante llamada “la Nueva Jerusalén”, que tenía especial interés en conocer: “M. Núñez, iniciado desde hace largo tiempo en las doctrinas swedenborguianas, que guían hacia lo que se llama la Nueva Jerusalén, hombre culto y ferviente de fe, se ofreció a ser mi compañero en mis místicas investigaciones”.³⁶ Ahí, como en muchos lugares, se le cree argentino, y él no lo desmiente: “el pastor me ha colmado con estimulantes palabras; y, al saber que soy de Buenos Aires, creo ver en sus ojos esta admonición: “Ve [sic] y enseña a todas las gentes. Buenos Aires, qué conquista para la nueva iglesia!”³⁷

En otra ocasión, tiene oportunidad de convivir con los anarquistas en una función de teatro y queda impactado ante sus condiciones

de vida y forma de pensamiento: “Esto es allá, por Montmartre, en el Montmartre que trabaja, en el de los obreros, lejos de infectos Cyranos y embrutecedoras Abayyes de Téléme. [...] Se ve que es la casa del pueblo, y que el pueblo es pobre”.³⁸

Y más tarde, asiste a una fiesta con los socialistas, a quienes percibe como una clase más ilustrada, aunque, comenta:

En el fondo, es la misma cosa. Allá se trataba del derecho al pan; aquí del derecho a la trufa. Allá se llega hasta la propaganda por la acción, aquí se leen muchos libros y se hacen diputados. Mas en uno y otro lugar existe la convicción de que la máquina está descompuesta. “Hay que componerla”, dicen aquí. Y allá dicen: “Hay que romperla”.³⁹

Ambas actividades le permiten tomar conciencia y ver el reverso de la Exposición de París. La era del progreso había trazado una imagen ideal de sí misma refractada en la Feria, la cual llegó a ser el modelo óptimo de cómo debía ser el mundo. Sin embargo, dicha imagen, en realidad formada de variadas y a veces contradictorias versiones, se articuló y cumplió su propio desarrollo, sin siquiera voltear la mirada a las zonas diversas o marginales.⁴⁰

En este orden de asuntos, las ironías y los conflictos fueron inevitables en tan “hegemónica representación”. Por ejemplo, el nacionalismo económico, cultural y político se opuso al cosmopolitismo, modelo de modernidad que requería por una parte, de la homogeneización de todas las características y anhelos humanos y, por otra, de que fueran reconocidos y apreciados lo exótico, lo caprichoso, lo diferente, precisamente imágenes de “los otros”, de los

habitantes de la periferia, tanto de la ciudad como del mundo.

La feria, como miniatura ideal de virtudes y progresos, se vio empañada por el crecimiento del socialismo y el descontento de los anarquistas, y tuvo que confrontar la crítica de intelectuales y artistas en la primera década del siglo xx. Darío participó de esa crítica, al principio subrepticamente y conforme avanza el texto (y su vida) en forma más abierta.

Desencanto de París

La crónica titulada “Reflexiones de año nuevo parisiense”, última de la primera parte de *Peregrinaciones*, fechada el 1 de enero de 1901, se inicia con una dolorosa reflexión del artista, en la que hace manifiesta su desilusión de París:

Al salir del teatro [la Noche Buena] París se sentó a la mesa. Y la brama y la Lujuria y la Riqueza y la Muerte también se sentaron con él. Al llegar el año nuevo, cuando el mundo vuelve la vista al siglo que pasó, hay alguien que hace notar su presencia de todas maneras, mientras París no hace sino quitarse su traje de color de rosa para ponerse otro color de amaranto: la Miseria.⁴¹

A la larga, París resultó para el poeta un espacio plagado de espejismos, vicios y simulacros: prostitución, miseria, mendigos, rufianes profesionales, pederastia. Hay un proceso de desencantamiento de la ciudad amada, que lo conducirá a una aguda crisis. En su imaginario representa a la ciudad como lugar de locura, *sumernage*, embriaguez, intoxicación y vicio, en una visión muy distante de la contemplación emocionada que tuvo desde la *tour Eiffel*.

“Diga usted” le había pedido el pintor Henry de Groux, autor de *El Cristo de los ultrajes*: “Diga usted que la Francia está podrida, que al final del siglo ha hecho ya tabla rasa de todo. *Finis latinorum*. ¡Abyecta muerte!”⁴²

Darío, dice Beatriz Colombi, que fue un migrante por pura vocación, eligiendo como destino un peregrinaje continuo en busca de lo nuevo, se presenta en París como un personaje diaspórico, resistente a cualquier conciliación con su nuevo aquí y ahora, razón por la cual considera al artista como víctima de una neurosis,⁴³ que por otra parte —agrego yo— él mismo confiesa en el poema ya citado dedicado a madame Lugones:

$$[\dots]$$

quiero decir que me enfermé. La neuras-

[tenia

es un don que me vino con mi obra pri-

[migenia.⁴⁴

No obstante la desilusión o la neurosis, Darío se quedó en París por largo tiempo, como lo hicieron otros escritores que llegaron allá exiliados, desterrados o bien para desempeñar un cargo diplomático o alguna corresponsalía de periódico. Si en la primera ocasión los parisinos lo habían fascinado, estando allá se dio cuenta que para ellos sólo era uno más, un ser *exótico* y

diferente, por lo que escribe en una de sus crónicas de *La Nación* citada por Colombi: “y jamás pude encontrarme sino extranjero entre esas gentes”;⁴⁵ “donde hago buenamente mi papel de sauvage”;⁴⁶ lo que explica que en su autobiografía haya dicho: “Nunca quise, a pesar de las insinuaciones de Carrillo, relacionarme con los famosos literatos y poetas parisienses”.⁴⁷

Condenado al anonimato, prefirió establecer su círculo de amigos con los hispanoamericanos, entre los más cercanos, el guatemalteco Gómez Carrillo con quien había reanudado su vieja amistad recién llegado a París, y los mexicanos Amado Nervo y Justo Sierra, que le prologó la edición liminar de *Peregrinaciones*. Pero seguía en contacto con el público hispanoamericano a través de los artículos de *La Nación* en que siguió colaborando casi hasta su muerte y, más adelante, por medio de revistas tan importantes como el *Mundial Magazine* (1911-1914) y *Elegancias* (1911-1914), de las que llegó a ser director.

Alternaba su residencia en París con estancias en España y viajes frecuentes a distintos países: Italia, Alemania, Hungría, Norte de África y varias veces a América. De sus peregrinaciones por el mundo sólo regresó a su patria en dos ocasiones: una, en 1908, en que fue recibido con *bombo y platillo* y, otra, para morir en 1916.

Notas

- ¹ Rubén Darío, *La vida de R D*, pp. 71, 72.
- ² Éste fue un modesto folleto titulado *Poesías y artículos en prosa* que permaneció inédito hasta 1967, año en que se publicó una edición facsimilar, por lo que suele considerarse como primer libro *Epístolas y poemas* publicado en Managua en 1885, y puesto en circulación tres años después con el título *Primeras notas*, editado por la Tipografía Nacional.
- ³ R. Darío, *op. cit.*, p. 36.
- ⁴ Mezcla de actividades muy cuestionada a los letrados románticos por la crítica literaria; pero vista con suma benevolencia en los modernistas.
- ⁵ José Olivio Jiménez, *Historia de la literatura hispanoamericana* II. *Del neoclasicismo al modernismo*, p. 545.
- ⁶ José Coronel Urtecho, *Pól-la d'anánta, Katánta, paranta: imitaciones y traducciones*, p. 21. (Las cursivas son mías.)
- ⁷ Un año después, en Guatemala, contrajo nupcias por la iglesia con Rafaela, y procreó con ella su primer hijo llamado Rubén Darío Contreras. Se mencionan tres mujeres significativas en la vida de Darío, la primera es la antes mencionada, quien murió en El Salvador a los tres años de matrimonio. Después se casó con la nicaragüense Rosario Murillo —segunda mujer de gran ascendiente para él, sobre todo por los problemas que le acarreó— en un matrimonio que el escritor denuncia como forzado. Y, la tercera, es la española Francisca Sánchez, campesina originaria del pueblo de Navalsauz (Ávila), compañera amante y solícita que le proporcionó comprensión, ternura y apoyo en sus momentos de debilidad. Si bien nunca pudo legalizar su matrimonio, tuvo varios hijos con ella y vivió a su lado hasta su regreso definitivo a Nicaragua.
- ⁸ Por su fama y la calidad de su obra, el escritor nicaragüense sufrió los ataques de varios hombres de letras contemporáneos, no sólo en Hispanoamérica sino en Europa, detenerse en ellos rebasa los límites de este trabajo; pero realmente sorprende la saña con que fue tratado por los españoles durante su segunda estancia en ese país, que él amó tanto. Lo tacharon de degene-

rado, borracho y maniaco sexual e hicieron mofa de su poesía, de sus aportes y de sus innovaciones métricas. Y sorprende también la fortaleza y magnanimidad con que Darío supo afrontarlos y continuar su obra creadora contra viento y marea.

- ⁹ R. Darío, *op. cit.*, p. 63.
- ¹⁰ Ginés de Albareda, "Rubén Darío en España", p. 590.
- ¹¹ *Idem*.
- ¹² *Ibid.*, p. 160.
- ¹³ Carlos Monsiváis, "De la santa doctrina al espíritu público (sobre las funciones de la crónica en México)", p. 754.
- ¹⁴ Karima Hajjaj, "Crónica y viaje en el Modernismo", Enrique Gómez Carrillo y 'El encanto de Buenos Aires', p. 30.
- ¹⁵ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, p. 90.
- ¹⁶ R. Darío, *op. cit.*, p. 90.
- ¹⁷ Manuel Ugarte, *La dramática intimidad de una generación*, p. 40.
- ¹⁸ R. Darío, *Peregrinaciones*, p. 13.
- ¹⁹ *Ibid.*, *La vida de R D*, p. 108.
- ²⁰ *Ibid.*, *Peregrinaciones*, pp. 14-15.
- ²¹ *Ibid.*, p. 62.
- ²² *Ibid.*, *Poesías completas*, p. 124.
- ²³ *Ibid.*, *Peregrinaciones*, p. 11.
- ²⁴ *Ibid.*, *Poesías completas*, p. 121.
- ²⁵ *Ibid.*, *Peregrinaciones*, p. 63.
- ²⁶ *Ibid.*, p. 35. (Las cursivas son mías.)
- ²⁷ El concepto de *aura* se emplea en el sentido que le da Walter Benjamin, que la define como un fenómeno a distancia, de singularidad y de autenticidad, cuyo correlato en el receptor sería la actitud de reverencia ante un objeto o una obra de arte, también encontrada en las manifestaciones del rito o culto.
- ²⁸ R. Darío, *Peregrinaciones*, p. 39.
- ²⁹ *Idem*.
- ³⁰ *Ibid.*, pp. 19-19. (Las cursivas son mías.)
- ³¹ Pueden citarse los siguientes autores de algunas obras relativas a París: el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo con *Sensaciones de París y Madrid*; el mexicano

Amado Nervo con *El éxodo y las flores del camino*; y el colombiano José Asunción de Silva con la novela *De sobremesa*, que aunque ficción, recoge el ambiente, actitudes y sentimientos de los modernistas. Aparte de sus innumerables crónicas, otro libro en que Darío da cuenta de su vida en París, es el titulado *Parisiense*.

³² R. Darío, *Peregrinaciones*, p. 12.

³³ *Idem*. (Las cursivas son mías.)

³⁴ *Ibid.*, p. 513.

³⁵ *Ibid.*, *La vida de R D*, p. 109.

³⁶ *Ibid.*, *Peregrinaciones*, p. 95.

³⁷ *Ibid.*, p. 98.

³⁸ *Ibid.*, p. 121.

³⁹ *Ibid.*, p. 126.

⁴⁰ Mauricio Tenorio-Trillo, "The New Historicism. Studies in Cultural Poetics", pp. 2-3.

⁴¹ R. Darío, *Peregrinaciones*, p. 133.

⁴² *Ibid.*, 135.

⁴³ Beatriz Colombi, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, p. 190.

⁴⁴ R. Darío, *Poesías completas*, p. 121.

⁴⁵ B. Colombi, *op. cit.*, p. 189.

⁴⁶ R. Darío, *Poesías completas*, p. 23.

⁴⁷ *Ibid.*, *La vida de R D*, p. 111.

Bibliografía

Albareda, Ginés de. "Rubén Darío en España", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 212-213, 1967.

Carilla, Emilio. *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*. Madrid, Gredos, 1967.

Colombi, Beatriz. *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2004.

Coronel Urtecho, José. *Pól-la d'anánta, Katánta, paranta: imitaciones y traducciones*. Poesía 4. León, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, 1970.

Darío, Rubén. *Peregrinaciones*, pról. de Justo Sierra. París, Librería de la Viuda de Bouret, 1901.

_____. *Parisiense*. Madrid, Fernando Fe, 1908.

_____. *Obras completas*, t. XII. *Peregrinaciones*. Madrid, Mundo Latino, 1918.

_____. "Epístola a la señora de Leopoldo Lugones", en *Poesías completas*, ed., introd. y notas. Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Oliver Belmás. Madrid, Aguilar, 1975.

_____. *España contemporánea*. Barcelona, Lumen, 1987.

_____. *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. La expresión americana, núm. 4. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

Gómez Carrillo, Enrique. *Sensaciones de París y de Madrid*. París, Garnier, 1903.

Hajjaj, Karima. "Crónica y viaje en el Modernismo: Enrique Gómez Carrillo y 'El encanto de Buenos Aires'", en *Anales de literatura hispanoamericana*, núm. 23, 1994.

Jiménez, José Olivio. "El ensayo y la crónica del modernismo", en *Historia de la literatura hispanoamericana II. Del neoclasicismo al modernismo*, coord. Luis Íñigo Madrigal. Madrid, Cátedra, 1993.

Monsiváis, Carlos. "De la santa doctrina al espíritu público (sobre las funciones de la crónica en México)", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 35, 1987.

Nervo, Amado. *El éxodo y las flores del camino*, en *Obras completas*, vol. IV. Madrid, Biblioteca Nueva, 1920.

Pera, Cristóbal. "De viajeros y turistas: reflexiones sobre el turismo en la literatura hispanoamericana", en *Revista Iberoamericana*, vol. LXIV, 1998.

Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, FCE, 1989.

Silva, José Asunción. *De sobremesa*. Jaén, Grupo Editorial Alcalá, 2009.

Tenorio-Trillo, Mauricio. "The New Historicism. Studies in Cultural Poetics 35", en *Mexico at the World's Fairs Crafting a Modern Nation*. Berkeley, University of California, 1996.

Ugarte, Manuel. *La dramática intimidad de una generación*. Madrid, Prensa española, 1951.